

VOCACIÓN Y TRASCENDENCIA EN LA OBRA DE ALBERTO CAMPO BAEZA

Alberto Campo Baeza (1947), arquitecto con una gran trayectoria y proyección nacional. Premio Nacional de Arquitectura 2020. El acto de entrega¹ se retrasó hasta diciembre de 2021, donde pronunció las palabras que comentamos en el presente artículo.

En busca de una obra tocada con el brillo de lo sacro sin ser necesariamente religiosa encontramos el trabajo de Alberto Campo Baeza².

Su biografía apunta que nació en Valladolid pero que *vio la luz* en Cádiz. Este desdoblamiento habla del temprano traslado familiar y de la nutrición de su memoria infantil con aquella luz peculiar, tocada por el océano y por sus construcciones blancas, como gran parte de su arquitectura³. En esta necesidad por señalar su deuda con la luz gaditana hay algo también del emocionante despertar de su vocación como arquitecto.

Siendo radicalmente moderna, la arquitectura de Campo Baeza se ancla en la tradición: eslabón nuevo en una rica cadena, invención arraigada. Así también Cádiz, fundada hace más de 3000 años y glosada por Heródoto y Eratóstenes, hunde sus raíces en la historia de Europa

pero también tiene la vocación del nuevo mundo. Cádiz es una ciudad llena de vida por la que discurrieron tirios, griegos, romanos, bizantinos, visigodos y árabes, antes de ser reconquistada por Alfonso X -el Sabio tenía que ser- en 1262.

Esta tradición no empaña una interpretación contemporánea. Como en los paisajes abstractos de Carmen Laffón, hija adoptiva de Sanlúcar de Barrameda, donde la intensidad de la luz gaditana transforma los horizontes de la marisma, de la playa y del océano en geometrías construidas con el color⁴. Hay también algo de esta transformación en la arquitectura de Campo Baeza, de captura y transformación de la luz, en su caso en materia construida, reduciendo su condición a lo imprescindible. Una geometría nítida de inspiración platónica que se opone al mundo profano y bruto.

Se sabe que las antiguas arquitecturas griegas nacieron notablemente coloreadas, pero la luz las quiso para sí, eliminando con el concurso del tiempo esta cualidad, simplificándolas y abstraéndolas. Así la arquitectura de Campo Baeza se desnuda de todo ornamento para aparecer blanca o en el color de sus materiales, ya sean piedra u hormigón.

NOMBRES PROPIOS

¹ Ministerio de Transportes, Movilidad y Agenda Urbana, Acto de entrega del Premio Nacional de Arquitectura, vídeo online, Youtube, 2 diciembre de 2021, <[https://www.youtube.com/watch?v=J-q531Ymm\]S4](https://www.youtube.com/watch?v=J-q531Ymm]S4)>, [revisado el 12 de enero de 2022]

² A pesar de su casi nula incursión en el terreno religioso -un único proyecto de templo, para una comunidad protestante en Sevilla- no resulta aventurado apuntar que su aproximación al espacio, empujando por el doméstico, mantiene una deuda con lo sagrado.

³ Así lo demuestra la inspiración de las tapias blancas del cementerio marino con el Instituto Drago, primera obra de Campo Baeza en Cádiz.

⁴ Quiero manifestar mi deuda con mi compañero y amigo Jaime Aparicio, quien me abrió los ojos sobre la calidad de la obra de la pintora sevillana.

⁵ Campo Baeza tiene en Cádiz una breve pero exquisita obra: el Instituto de Educación Secundaria "Drago" -enfrentado a la playa, ya en la zona extramuros-, el pequeño espacio público -una plaza de nuevo enfrentada al mar- llamado Entrecatedrales, las casas Gaspar, Asencio y Guerrero, y la maravillosa Casa del Infinito de la que el propio arquitecto apuntaba que se levantaba "en un lugar maravilloso que es como un trozo del paraíso terrenal".

⁶ A. Campo Baeza, Campo Baeza. Arquitectura 2015-2022 (Valencia: General de Ediciones de Arquitectura, 2022)

⁷ Este pintor sevillano (Sevilla, 1622-Id., 1690) es el autor de las dos pinturas que mejor expresan lo que aquí se quiere decir y que se encuentran en la capilla del hospital de la Caridad de Sevilla: *In ictu oculi* y *Finis Gloriarum Mundi*. En el primero se hace visible la muerte y, en ambos, sus consecuencias con el paso del tiempo: descomposición y degradación.

⁸ "P: What does it feel like when you're dancing?
R: Don't know. Sorta feels good. Sorta stiff and that, but once I get going... then I like, forget everything. And... sorta disappear. Sorta disappear. Like I feel a change in my whole body. And I've got this fire in my body. I'm just there. Flyin' like a bird. Like electricity. Yeah, like electricity."

⁹ Teresa de Jesús, Villancico: "Muero porque no muero" ("Vivo sin vivir en mí") (c. 1572-1577) <http://ccat.sas.upenn.edu/romance/spanish/219/06oro/santateresamuero.html> [revisado el 12 de enero de 2022].

¹⁰ R.T. Stoll, E. Merkle, U. Von Balthasar, Ein tag mit Ronchamp (Einsiedeln: Johannes-Verlag, 1958)

¹¹ Palabras dedicadas a la ciudad natal de su esposa Beatriz de León y Loynaz, que se encuentran talladas en piedra en la Alhambra, entre las torres bermejas.

¹² Hace casi veinticinco años, en una serie de conversaciones personales a propósito de mi tesis doctoral, el arquitecto Rafael de la Hoz (1924-2000) me apuntaba la "ambición de la luz justa", como objetivo último de todos los mecanismos de manipulación de la luz natural (piedras de alabastro, vidrieras, grisalla, etcétera), a lo largo de la historia. Sirva esta nota como breve pero sentido agradecimiento a este gran arquitecto y académico.

Imágenes (en orden de aparición):

Porta Milano, Estudio Alberto Campo Baeza

Columbario de las carmelitas descalzas de Cádiz, Javier Reina

Domus Aurea, Javier Callejas

Casa del Infinito, Javier Callejas

Por eso, cuando el Consejo de los Colegios de Arquitectos de España, que le había otorgado el Premio Nacional de la Arquitectura del año 2020, le planteó dónde quería que tuviera lugar la entrega, el arquitecto señaló el Oratorio de San Felipe Neri de su amada Cádiz, anejo al colegio homónimo donde cursó el bachillerato. Podría pensarse que este espacio poco tiene que ver con su arquitectura, pero esta impresión es solo superficial. Cabe apuntar su grandeza no monumental, el sabio juego con la luz preparado por el alarife Blas Díaz, a caballo entre los siglos XVII y XVIII, y que bebe directamente del San Carlino romano de Francesco Borromini. Mucho con casi nada. Todo con casi nada. Esta referencia a la contención, a la sobriedad, también podría citarse como una nota esencial de la obra de Campo Baeza.

Pero la Historia tenía reservado para este oratorio un nuevo privilegio: aquí se proclamó la primera Constitución española en 1812, “centro y raíz de nuestra vida como ciudadanos libres”, dirá el propio Campo Baeza. En este momento de especial volatilidad –política, cultural y de todo orden– la referencia no es banal. Después de más de medio siglo de profesor, de treinta años largos de catedrático, casi una década de académico, el acto de entrega de este premio –y las palabras pronunciadas– tienen algo de fundacional.

El arquitecto preparó para la ocasión un audiovisual donde vendría a sintetizar, breve pero intensamente, algunas palabras relacionadas con su trabajo, una suerte de *trascendentales de la arquitectura*, el primero de los cuales –¿cómo no?– fue la *belleza*. El arquitecto leía de su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando:

He buscado la belleza con ahínco. He andado tras la belleza desesperadamente. He buscado, busco y buscaré la belleza hasta morir o hasta matarla: matarla de amor cuando la encuentre, pues he puesto mi alma en tal empeño.

Estas palabras parecen sugerir la búsqueda de un *alguien* más que de un algo. Campo Baeza parece hablar de la belleza –o con la belleza– de tú a tú, personalmente. Podría decirse que hay una

pesquisa, una exploración a la manera mística, tan característica de su otra patria chica, Castilla. Ahí están para siempre los arrebatos de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz para cortejar a su amor. La búsqueda hasta el abandono de uno mismo.

La segunda palabra del léxico propuesto por el arquitecto es la *razón*. Pero el hecho de ir precedida por la belleza cualifica a esta razón. Es una condición subsidiaria: “Hay razones del corazón que la razón no entiende” podría decirse con Pascal. Y Campo Baeza nombra también a Goya, otro ilustrado que experimentó la belleza, pero también su opuesto: “el sueño de la razón [–su ausencia–] produce monstruos”.

A continuación se detiene en la palabra *tiempo* y cita solemnemente a T. S. Eliot: “time present, time past, time future”, enfrentándonos a la trascendencia. Nuestro tiempo, sí, pero que también es heredero del pasado. Somos parte de una tradición, en el caso de Campo Baeza, de tantos autores que resuenan con su obra y su magisterio: sus profesores en la Escuela de Madrid –Sota, Cano Lasso, Carvajal, Sáenz de Oíza– pero también Palladio, Miguel Ángel, Mies van der Rohe y Le Corbusier. La tradición moderna llevada *más allá* a través de un ejercicio de ascesis.

Pero, sobre todo, “time future”: el porvenir de las obras y de sus autores, el de cada uno de nosotros. Aquí encaja la visión de un Juan Valdés Leal –sevillano él, a medio camino entre Cádiz y Castilla– y que representa como nadie el porvenir de la inmanencia.

Campo continúa con su relato y se refiere –como de broma, dice él– a otro Elliot: al Billy Elliot adolescente bailarín que lucha por su vocación en un medio hostil por ignorante. “¿Qué sientes cuando bailas?” Y el arquitecto completa en la lengua original: “Sorta disappear”, *una especie de desaparecer* ¿No hay en esta expresión una nueva referencia mística? ¿No hay un trasunto del glorioso canto de Santa Teresa “muero porque no muero”?

Pero sigamos el excursus del arquitecto: la siguiente palabra es poesía. “¿Cómo podría la arquitectura

no ser poética?”, se pregunta el propio Campo Baeza. Y contesta a esta cuestión con María Zambrano. De ella toma su explicación de la poesía como “palabra acordada con el número” para explicar *la arquitectura como los materiales acordados con el número*. En esta expresión hay una referencia implícita a la condición del creador, a su verdadera libertad que explica como nadie Urs von Balthasar: “danzar encadenado”¹⁰.

Campo Baeza acude también a la *música*. Música que glosa, que vuelve a relacionar con las anteriores categorías: con la belleza, pero también con la razón, con el tiempo e incluso con la poesía. Y la alusión a la música le permite citar a su muy querido Eupalinos –el arquitecto creado por Valery– quien hablaba de edificios mudos, de otros que hablan y de los que cantan. Campo Baeza convoca a sus edificios a entonar una bellísima canción, una melodía conjunta con sus compañeros en las ciudades; un admirable concierto junto a las arquitecturas de todos los tiempos.

Finalmente, la última palabra seleccionada por Campo Baeza es seguramente la más utilizada en su abundantísima literatura: la *luz*. Aquí vuelve a tratar esta cualidad como una presencia personal, y se revuelve al ser calificado como “el arquitecto de la luz”. Campo sabe que la luz no le pertenece. Si acaso él pertenece a la luz, pero no es el único. Sabe que la luz le trasciende, que estaba antes de que él llegase y que seguirá después. Pero su arquitectura es un acto de encuentro glorioso con ella. Con la luz que se nos ofrece cambiante con las horas del día y con las estaciones del año, incluso con los fenómenos meteorológicos. También por la noche una luz más tenue se hace presente mediante el reflejo del sol en la luna o mediante las estrellas, al fin otros soles.

“Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada”, escribiría Francisco de Icaza¹¹. Así podríamos decir nosotros de quien no vea la misma luz que Campo Baeza. Sus edificios parecen

dispositivos preparados para darle caza, para *asombrarse* –porque la cualidad de la luz se encuentra en su justa medida¹²–, o para brillar con ella. Claro que la arquitectura es más que “el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz”, como declararía Le Corbusier en uno de sus textos más repetidos. Pero también es verdad que esta expresión hace referencia a la belleza –como mínimo visual–, a la coordinación entre materia y número, a la poesía; y en la boca de un platónico como nuestro arquitecto es seguramente la mejor manifestación de la bondad y de la verdad, trascendentales del ser que no pueden darse por separado.

En este juego sabio está contenida la abstracta geometría derivada de la construcción, pero de una construcción integradora de toda la complejidad de la arquitectura. Un signo de distinción civilizadora, como lo es un concierto de música que convoca a través de los siglos a intérpretes, instrumentos y tiempo para revivir un momento sublime concebido por el creador. Belleza, razón, tiempo, poesía, música, luz... En esta relación de términos se contiene todo el brillo y la ligazón de las palabras escogidas por Campo Baeza para explicar su arquitectura. Y es en este bello paralelismo musical donde encontramos su vocación más profunda, vocación de trascendencia, afán de pervivir incluso más allá del tiempo de la mano de la memoria evieterna del hombre.

Para terminar podríamos rescatar las palabras finales del propio arquitecto, esta vez tomadas de sus palabras de aceptación del premio:

Tenemos el regalo los arquitectos de tener la labor más hermosa del mundo. Soñamos y podemos, si queremos, construir nuestros sueños. Hacer que nuestros sueños sean realidad. Construir los sueños para hacer felices a los demás. Hacer un mundo mucho más feliz. Esa es la labor que tenemos que hacer los arquitectos.

Parfraseando al propio Campo Baeza: “más claro... agua”.